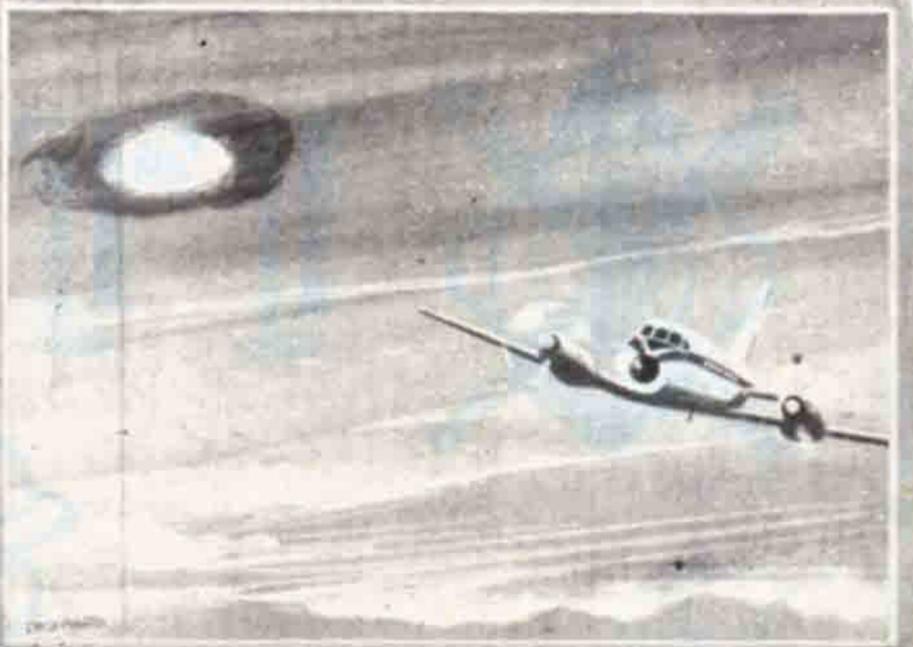


MANUEL OSUNA

Por Francisco AMORES

2



¿NO ES POSIBLE LA VIDA MAS ALLA DE NUESTRA EXOSFERA?

El fenómeno OVNI, repito, existe, sin prejuzgar su propia esencia ni mucho menos la causalidad promotora

VUELTA a Umbrete. Las vacaciones concedidas por las pasadas fiestas han terminado. Y don Manuel Osuna Llorente, maestro nacional, tiene que atender a sus múltiples ocupaciones, no sólo pedagógicas. Vengo casi anochecido. Nos sentamos en una salita de su casa, donde se está estupendamente bien.

—Poco sabemos —me dice el señor Osuna— de la Informática y otras elefantiasis a las que nos conduce inexorablemente la peligrosa Cibernética, que se inició, capciosamente, para distraer el tedio de nuestra «oceanografía» interior. Pero creemos que son herramientas peligrosas, sobre todo, por el «argumento de autoridad» que exhala ya de sí esta moderna iconografía. Así se puede caer en la pedantería de preguntar a la diosa «Computadora» qué día de la semana (¡tan terrestre!) es el preferido por los ufos. Y todo esto cuando hay buena intención, que no existe en todos. Mire usted, recientemente, un boletín sobre ufología publicaba uno de nuestros últimos trabajos, y sin reparar que detrás venía otro titulado «Los niños de Umbrete fueron veraces», trataron los «científicos» de darnos una lección magistral de psicología infantil.

—¿A usted?

—Sí; a nosotros, que, modestamente, llevamos cuarenta años de vida profesional, y, de ellos, hemos pasado unos veinte al frente del Gabinete de Psicotécnica de nuestra escuela.

No; no fuma el señor Osuna. Hace cinco años dijo adiós al tabaco. Su vicio real es la Literatura, y el periodismo.

—Queremos decir, ahora, que el intento es vano también en el otro aspecto de que ufos y ufólogos seamos admitidos en los congresos científicos. Desgraciadamente, nunca podremos pasar de la observación. El día que fuera posible la experimentación en laboratorio, ellos —los científicos de la nómina, y los políticos— llevarán toda la razón, y nosotros iremos a calcinar nuestros huesos en cualquiera de las «Siberias» que en el mundo son.

—Trágico final, señor Osuna. Veamos: ¿qué son ustedes?

—Nosotros, si somos algo, no es otra cosa que unos policías honorarios de un fenómeno que parece por su propia clandestinidad. Indagar, olfatear, deducir, inducir... (no digamos «investigar», que es palabra que nos está prohibida), es ya de por sí un arte noble, un bastante psicoanalítico en el tratamiento de testigos y un mucho de heroica presencia.

Creo que el señor Osuna tiene algo que decirnos de la amarga bilis celtibérica. Hay que ver cómo en toda tierra de garbanzos ocurre igual. Vaya, vaya, vaya. Pero, leamos al señor Osuna.

—Han transcurrido tres décadas y aún no surgieron, en número suficiente, investigadores —no gacetilleros precipitados— de campo que sepan aportar verdaderos estudios, y ya se montan oficinas receptoras de un buen material que no llega. Entonces, sobre lo poco que llega, se derrama, para digerirlo (valga desahacerlo), la amarga bilis celtibérica.

Investiga, trabaja, escribe. Sus trabajos, ¿dónde los publica? Le he hecho la pregunta. Responde así:

—Nuestros modestísimos trabajos son publicados (sin querer, bien lo sabe Dios) en las primeras publicaciones especializadas del mundo y, a veces, de España, aunque siempre mutilados, interpolados los textos, extractados con sin igual ferocidad y dándolos como criaturas de éste o del otro, en muchos casos.

—No está mal. Y, dígame, ¿a qué sociedades ufológicas pertenece?

—A ninguna, si bien colaboramos, en cierta medida, con la RNC, del incansable Ruesga, con «Ufología Andaluza» —verdadera escuela de policías geniales— y, sobre todo, ayudando al esfuerzo portentoso de Vicente Ballester, inasequible al desaliento.

—Veamos: ¿cuál es la justificación de su actividad investigadora?

—La única justificación descansa en la certidumbre moral de millares de casos testificados por millones de criaturas racionales, durante las últimas décadas de este siglo, pertenecientes a todas las razas, continentes, estratos sociales y a los más variados niveles de formación. La

persistencia del fenómeno asegura, ya de por sí, un mínimo porcentaje de veracidad. Jamás ninguna fantasía tuvo tamaño consistencia ni tanto alongamiento en el espacio y en el tiempo.

—Oígame, le he oído decir en estas conversaciones en diferentes momentos que el fenómeno OVNI existe. A ver, ¿qué más puede aclarar al respecto?

—Su mismo carácter ecuménico cobra una gran fuerza probatoria en los intervalos de silencio: no es posible suspender la inercia de tan colosal «bulo» abruptamente. Una vez puesto en marcha un mito sería de todo punto imposible obtener el consenso de millones de personas diseminadas por la redondez de la Tierra (étnicamente diferentes... con proyecciones escatológicas distintas... y una infinita gama de prejuicios diametralmente opuestos), y que se dejaran sellar la boca en un momento dado. Tales consideraciones fundamentales nos llevan a un principio epistemológico incontrovertible: el fenómeno existe, sin prejuzgar su propia esencia ni mucho menos la causalidad promotora.

—Bien, bien. ¿Se ha buscado el origen de todo?

—Sobre el principio que le he dejado apuntado, una sana y recta investigación tuvo que orientarse hacia la búsqueda del origen. Largos años de análisis han descartado, como nada razonable, el posible origen terrestre.

—¿Entonces?

—Habría que interrogar al cosmos.

—¿Cuántas preguntas en ese interrogatorio?

—Tres.

—Vengan de ahí.

—¿Es la vida un fenómeno insólito en el planeta Tierra?

—Segunda pregunta.

—¿No es posible la vida más allá de nuestra exosfera?

—Tercera y última pregunta.

—¿Es concebible, cosmogónicamente hablando, que los relojes todos del universo se encuentren marcando la misma hora biológica?

—Señor Osuna: la ciencia humana

—Las respuestas han sido muy di

—¿A qué respo

—Más bien al científico que a unas

te objetivas, pese se opone a la fa

múltiplemente ha

—Y en consec

—La ufología s



la opinión optimista de que «no estamos solos». Unica razón de su existencia como actividad mentalmente operante.

Su mujer nos ha servido café. El teléfono ha sonado un par de veces. Le llaman, le escriben, le consultan desde los sitios más insospechados. Oigamos ahora al señor Osuna, que va a decirnos cosas tan interesantes o más que las anteriores.

—Aceptada la hipótesis de que el universo no se hizo sólo para nosotros, no hay más remedio que admitir la probable intercomunicación entre los seres racionales de distintos sistemas, si queremos evitar el estancamiento de esta nueva asignatura. Reducir a una sola civilización esta posibilidad representaría una limitación voluntaria, sin ninguna base objetiva.

—Dígame, ¿fue conocido el fenómeno a través de las épocas?

—A eso iba ahora. Perdone, perdone.

Se levanta. Toma un libro. Lo deja. Me tiene preparada una serie de fotografías muy originales, algunas de las cuales ilustrarán las entrevistas. Me dice:

—Otra limitación que dejaría inerte e inerte nuestra «actividad» vendría a ser la que negara la existencia del fenómeno a través de todas las épocas (proto, prehistóricas e históricas). No sería concebible admitir que solamente nuestro momento histórico contempla un fenómeno de tales dimensiones espacio-temporales. Respalda, por otra parte, la aguada sospecha de nuestros contradictores de que resulta sintomático que se nos visite en el preciso instante en que la humanidad se lanza al cosmos.

—Entonces, ¿existieron platillos volantes en otras épocas?

La pregunta ha debido hacerle gracia. Sonríe. Me dice:

—Los textos más antiguos del saber humano hablan claramente de que el acontecimiento pudo registrarse desde remotos milenios. Pretender a ultranza una exégesis de esos textos por el comodín farisaico de los llamados «géneros literarios» y de una simbología retórica —cuando conviene— no deja satisfecha a la conciencia más liviana, percibiéndose, por ende, una tremenda agresión a las pertinaces «voces» del instinto ontogénico.

—Usted, ¿qué dice, señor Osuna?

—A mi juicio, no debe escandalizarnos en demasía el que los familiares textos se vean afectados en momento tan avanzado de la crítica histórica, a consecuencia del incontenible progreso de la ciencia física, cuando, de hecho, esa letra viene siendo puesta en jaque desde Galileo o quizás antes. Por otra parte, tan blasfemo es negar a Dios como creernos en el derecho de programar los recursos divinos, teniendo en cuenta, sobre todo, que nada nos quiso revelar de su propia esencia, limitándose a decirnos que existe. Tanta limitación en su palabra es la primera razón de ser de la teología, ciencia especulativa que se esfuerza por comprender todo cuanto no quiso revelarnos, echando mano en última instancia del principio de la «congruencia». Fijar por nuestra parte el cómo, el cuánto y el cuándo de la decisión divina de ilustrarnos no deja de ser atentatorio del libre albedrío de Dios.

—Don Manuel, mañana seguiremos, ¿quiere?

—Dios mediante, hasta mañana.

Bueno, ¿qué me dicen ustedes ahora? Qué. Sigamos, seguiremos hablando con esta destacada personalidad de la ufología, con este hombre que futbolísticamente fue sevillista. Ahora —marginado el deporte— dice con orgullo que es platillista, hombre que estudia todo lo relacionado con los platillos volantes...

AMOR

(Fotos: Peñón Cáceres)



MANUEL OSUNA

Por Francisco AMORES

1



EL FENOMENO EXISTE, PERO NO SABEMOS LO QUE ES

¿POR QUE NOS REIMOS DE LOS INVESTIGADORES DEL LLAMADO "FENOMENO OVNI"?

Nuestra afición por los platillos volantes es una mala carrera; causa desprestigio incluso dentro de la propia familia



Cuando se va perfilando un juicio, al parecer fundado, viene pronto a derrumbarse

HE leído la carta unas pocas de veces. Le he tachado aquello que se refiere a mi personal labor periodística. Y, a pesar de ser una misiva extensa, creo que hay que publicarla. Con aquellos tachones, ahí va. La firma don Daniel Guerrero Bonet, presidente de ADIASA —Centro Ufológico—, de Sevilla. Se trata de un joven estudiante sudamericano afincado en nuestra capital. Creo estudia medicina.

«Estoy de acuerdo con usted —dice el señor Guerrero— de que como botón de muestra son suficientes las entrevistas. Pero (usted mismo lo dice) quedan algunas personas que serían interesantes para su sección. Entre ellos, unos señores que la sociedad casi ha marginado y que afanosamente luchan por abrir paso y dejar sentado unos estudios que, hoy por hoy, son pisoteados incrédulamente por los profanos, y es motivo de chacota para los técnicos. Me refiero a una serie de personas que llevan años, muchos años, intentando alcanzar alguna solución palpable para un enigma que se caracteriza por su imposibilidad de estudiar detenidamente en un laboratorio y que se nos presenta escurridizo y sin posibilidad alguna de análisis científico, según el concepto de «científico» que hoy mantenemos. Me refiero a los investigadores de lo que se ha dado en llamar «fenómeno OVNI» (objeto volador no identificado). Sé muy bien que este propósito le parecerá absurdo y sin sentido, pero yo me pregunto: ¿Es que esas personas no son hijos también de Sevilla? ¿Por qué nos reímos de ellos? ¿Es que no pueden intentar investigar un fenómeno —sea falso o cierto, no lo sabemos— que aún no hemos podido descifrar? Nadie tiene derecho a criticar su labor, por cierto ardua y difícil. Yo le garantizo que ellos no creen en marcianitos ni seres con trompetillas en vez de oídos. Ellos se limitan simplemente a estudiar hasta donde sea posible un raro fenómeno que, de una manera extraña, se presenta en nuestra atmósfera, es detectado por el radar, impresiona la placa fotográfica y es visto por «millones de criaturas racionales pertenecientes a todas las razas, continentes,

estratos sociales y los más variados niveles de formación». Estos investigadores son personas que tienen una posición en la sociedad y le prestan un servicio, pero, además, desarrollan una actividad que aún no sabemos si será fructífera o no. Simplemente avanzan por su afán a conocer más.»

Y el señor Guerrero Bonet agrega seguidamente:

«Piense que no le pido publicidad para nosotros ni que nos entreviste a nosotros, que somos simples seguidores de una escuela ya formada por las personas que me refiero. Son a ellas, o a una de ellas, la más representativa, no por su incansable y meticulosa actividad, sino por los años que lleva dedicado a esto. Es el señor Manuel Osuna Llorente, residente en Umbrete. El, junto a don Ignacio Darnaude Rojas-Marcos, son los pioneros en nuestro país de esta mal juzgada labor. Señor Amores: le prometo que si estas personas —a una de las cuales ruego entreviste— no le ofrecen razonamientos convincentes del porqué de su labor y no ponen en sus manos una tumultuosa serie de pruebas que la ciencia rechaza por no poder comprender, yo abandono mis estudios sobre este tema y disuelvo la organización que presido, dedicada también al estudio y divulgación de estos fenómenos. Este es un reto que amistosamente pero llevado hasta sus últimos extremos estoy dispuesto a seguir si usted lo acepta. No rechace usted, también, algo sin conocerlo. Si una vez conocido no le convence, entonces sí puede rechazarlo. Si entrevista a alguno de ambos señores le garantizo que perderá el reto. Si no, compruéb

«Aceptado el reto, porque el Umbrete, porque en la entrevista en Y ya estamos aquí limpia, clara y cuajado de plantar reducidas pero aseadas. Está a su esposa y una Umbrete la hija, please ordering



Amores. No; no somos parientes, y bien que lo siento, porque también los Amores de Umbrete son todos estupendas personas.

—Señor Osuna: he aceptado un reto. Sea lo que Dios quiera.

—Soy platillista desde hace casi treinta años. Investigo, investigo. Hablo con cuantas personas han visto objetos voladores no identificados. Me entero, me informo, pienso, medito...

—Usted, señor Osuna, ¿vio algún platillo volante?

—Sí; hace diecinueve años. Fue aquí, en Umbrete. Era de madrugada y estaba acompañado por personas de relieve del pueblo. Aquello era como estrellas rutilantes —cuatro— de doble tamaño que Venus.

—Vio. ¿Qué pasó?

—De pronto, desaparecieron. La velocidad era enorme. Como el silencio.

—Señor Osuna: usted es persona normal, es un estudioso, ejerce en el Magisterio, conozco trabajos suyos del máximo interés... De verdad, de verdad, ¿existe ese fenómeno de los platillos volantes?

—Existe.

Lo ha dicho como si fuera un juez en el momento de dictar sentencia gravísima. Serio, alto, muy atildado, correcto, educado, fino. Comprende mi postura y mis dudas. No debe ignorar que soy profano en esta y en mil materias más. Me dice:

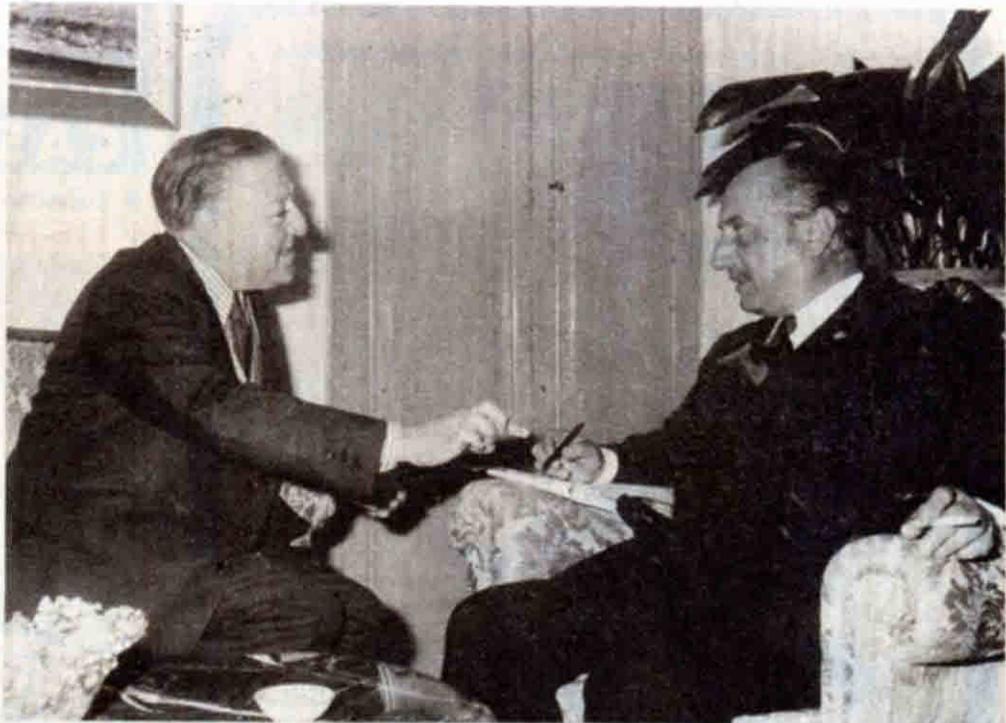
—Existe el fenómeno, pero no sabemos lo que es.

—Veamos: ¿pueden ser ingenios humanos?

—Puede.

Uno piensa que cualquier potencia —Estados Unidos, Rusia...— esté preparando algo desde hace muchos años. Pero, ¿no hubiera habido tiempo para descubrirlo? No sé; no sé. Por otro lado, ¿no se recurrió a un platillista famoso internacionalmente para el estudio que se hizo antes de lanzar un cohete a la Luna? Y, a la vez, ¿no acudieron los norteamericanos a todo lo imaginable para que un profesor de talla, un ufólogo, tirase por tierra todas esas hipótesis? ¡Ay, Dios mío, qué lío!

—Queremos —dice el señor Osuna—



ser el testimonio de que existe un fenómeno. Y si es preparado por manipulación terrena forzar a que así se confiese, que no se nos engañe.

—Esa afición, ¿es buena carrera?

—Mala; muy mala. Causa desprestigio incluso dentro de la propia familia.

—Su familia, señor Osuna, ¿qué dice?

—Mi familia cree, pero no con la certidumbre mía.

El periodista trata de resumir. Veamos: desde hace años vienen apareciendo por los lugares más dispersos unos objetos, unos platillos volantes. Se dice, se comenta, se afirma... Los investigadores —ese reducido grupo de personas normales, como usted y como ese otro caballero— no creen en que viajen en esos objetos unos seres determinados; ni piensan que sean viajeros de extraños rumbos. Ellos, simplemente, lo que desean conocer es qué es aquello. Y me parece una postura correcta. Ante nuestra indiferencia ellos perseveran. Lo exponen todo. No ganan nada.

Don Manuel Osuna Llorente nació en Umbrete el 11 de mayo de 1914. Maestro nacional. Dirigió diecisiete años la Escuela de Orientación y Formación Profesional de Villanueva del Río y Minas, y durante cuatro años fue profesor de Estilística en el Seminario Marcelo Spínola. Colaboró en Prensa y en radio de Sevilla durante cinco años de manera intensiva. El año 41 se casó con la señorita Antonia Guillén, en Guadalcanal. Tienen tres hijas y un nieto. El señor Osuna sigue aquí, en Umbrete, en su puesto de maestro nacional. Habla inglés y, repito, es muy culto.

—¿Cuándo comenzó usted a preocuparse por los OVNI?

—Verá usted. Era un lector impenitente de Prensa durante la última guerra mundial. Encontraba noticias esporádicas. Aunque la verdad es que hubo una cierta predestinación: con sólo diez años de edad seguía la peripecia del envío a Marte de una onda hertziana, por Marconi, desde su yate «Electra», aprovechando una favorable oposición del planeta rojo.

—Dígame, platillista, ¿cuál es su opinión sobre el tema OVNI?

—Después de veintisiete años aún no puedo dar una opinión definitiva.

—¿Y eso?

—Cuando se va perfilando un juicio, al parecer fundado, viene pronto a derrumbarse.

—¿Hasta ese punto?

—Sí, señor; hasta ese punto el fenómeno es de incoercible, multiforme e inabarcable.

—¿Total?

—Lo que pensamos en el momento es que unas cuantas colonias extraterrestres se encuentran viviendo en la Tierra (Antártida-Andes-Fuertes del Amazona, etc.), y acaso condenadas a no regresar a sus estrellas de procedencia, porque, incluso, pensamos que el origen es distinto y, por ende, también su raza, civilización y tecnología. Opinar que «van y vienen» en viajes regulares, resulta de un optimismo candoroso, a menos que se trate de hermanos solares.

Recuerdo la carta que ha motivado esta entrevista, estas entrevistas. La firma, repito, un joven estudiante, un ufólogo. Preguntó al señor Osuna sobre la ufología actual. Dice:

—Nos parece muy bien que cierta —aunque escasísima— juventud universitaria se encuentre inquieta, no por el problema en sí, sino por el ridículo que está padeciendo en los inquisitoriales cenáculos científicos en que se desenvuelve, y de los que aspira a vivir de manera legítima. La inefable capacidad de ridículo es una virtud a la que se accede con los años y cuando ya apenas hace falta nada material para vivir.

—¿Esfuerzo baldío?

—Nada de eso. El esfuerzo, no por noble, dejará de resultar menos baldío. Por un lado, el fenómeno no se deja constreñir en leyes, constantes de un ciego acontecer, igual que un meteoro, verbi gratia. Su misma indole racional le convierte en un hecho plenamente volitivo, nunca igual y siempre intencional.

Es noche cerrada. El señor Osuna hasta tarde, hasta entrada la mañana, en villa-Huelva, penumbra, de la calidez del día, no dejo de pensar, hacia lo alto, que parece que el señor Osuna ha ganado el reto. Y tanto, ya dispongo de más...



Carlos Murciano y «Honest Man», en la casa de éste. (1970)

